L

a enseñanza de adultos tiene grandes diferencias con la de los niños. Estos son transparentes, de manera que es muy fácil saber si tienen interés en lo que se les está diciendo. En cambio, los adultos adoptan una expresión detrás de la cual esconden lo que sienten respecto de lo que están oyendo.

En estos tiempos en los cuales prácticamente todos poseen un teléfono móvil, es común observar personas que, mientras un conferencista hace esfuerzos para transmitir un mensaje, ellos se dedican a revisar y disponer sobre su correo y a consultar información disponible en la red.

Algunos profesores han resuelto prohibir el uso de teléfonos durante sus clases. No parece que esto sea eficaz, pues los alumnos son capaces de no poner cuidado, no oír, tratar de dormir o de pensar en otras cosas.

Así como hay que mantener el interés de los estudiantes, es necesario estar en guardia respecto de profesores capaces de hacer un llamativo espectáculo durante su clase, a costa de tratar superficialmente los temas y de privilegiar el trato simpático de los estudiantes sobre el aprendizaje de estos.

Si las evaluaciones no son adecuadamente preparadas, puede suceder y sucede que los estudiantes son promovidos sin saber. Por ello tenemos tantos profesionales que, teniendo diploma, saben muy pocas cosas.

Antiguamente, cuando se enseñaba en el trabajo, a un estudiante no se le liberaba porque hubiese estado cierto tiempo al pie de su tutor. Para aceptar su competencia, se le hacía permanecer aprendiendo hasta que sin duda alguna diera muestras de ser apto para actuar autónomamente. Unos aprenden más rápido ciertas cosas y otras más lento. La masificación de los métodos de enseñanza y de evaluación, hacen que los profesores no consideren las circunstancias particulares de cada estudiante. No se apoya a los que tienen facilidades, para que las aprovechen, ni se dirigen mayores esfuerzos hacia los que experimentan mayores dificultades.

El auto aprendizaje es la regla tratándose de adultos. Es necesario poner en sus manos materiales que les llamen la atención, que estén escrito de manera comprensible y que tengan cercanía con sus vivencias. Son de muy poco valor los documentos que se limitan a reproducir la información que aparece en la literatura técnica, sin aportar intelecciones significativas.

Es necesario comprobar que nuestros estudiantes, jóvenes y adultos, neófitos o de gran recorrido, saben leer. En muchísimas ocasiones las personas reconocen los signos, pero no captan lo que se les dice. Pasan rápidamente sobre las expresiones sin advertir las ideas claves de los textos, sin tomar nota de los significados, sin caer en cuenta de los preconceptos que se exigen para entender debidamente.

La profesión contable exige exitosos procesos de comunicación, tanto con personas indeterminadas, como con funcionarios concretos. Hay que preparar a los estudiantes para que se aseguren que logran atención.

*Hernando Bermúdez Gómez*